

LAS MUJERES EMPRENDEDORAS EN LAS COMUNIDADES INDÍGENAS⁵

Andrés Rodríguez Fernández*, Emilio Sánchez Santa-Bárbara* y Estefanía Estévez López**

*Universidad de Granada y **Universidad Miguel Hernández

Con este trabajo pretendemos analizar el comportamiento emprendedor de las mujeres migrantes indígenas Aymaras de Bolivia y Náhuatl de Méjico a partir de un estudio etnográfico para el que se han realizado diez entrevistas en profundidad en cada una de las comunidades donde desarrollan su actividad una vez finalizados sus respectivos procesos migratorios. Las motivaciones que les han impulsado a emigrar han sido fundamentalmente de carácter económico como una forma de eludir las condiciones de pobreza y carencias vitales a las que están sometidas en sus comunidades de origen. Una de las transformaciones analizadas en los estudios de los procesos migratorios es que es la mujer quien inicia la cadena migratoria, hecho que hemos podido confirmar en el presente estudio. En la comunidad receptora la mujer migrante sufre un duro proceso de adaptación al carecer de competencias básicas como lengua, normas y costumbres, lo que conlleva que se produzcan situaciones de abuso y explotación. Para evitar y salir de esta situación las mujeres indígenas emprenden actividades económicas que requieren una mínima inversión y mucho trabajo como cocinar, tejer y otras actividades artesanales que posteriormente deben vender en la calle. A este interminable horario deben sumar la atención a los hijos y al hogar, dado que en sus culturas estas actividades están asignadas al rol femenino. No obstante, la expectativa de mejorar la calidad de vida y educación de la prole les lleva a asumir los riesgos y penalidades que conlleva el proceso migratorio.

1. MUJERES Y TRABAJO

Las sociedades actuales han vivido un gran proceso de transformación en relación a la posición social de la mujer. La magnitud de este cambio se refleja en ámbitos tan significativos como la educación y el acceso al mercado laboral y a la esfera pública. Así, en las últimas décadas se ha observado una creciente incorporación de la mujer a todos los espacios de la sociedad mediante su participación en el mercado laboral, en la economía, en la política, en la ciencia, etc., ámbitos de los que estuvo excluida durante siglos; sin embargo, es evidente que, a pesar del reconocimiento de igualdad de derechos en las leyes, la dimensión laboral sigue siendo un duro campo de batalla, ya se hable de remuneración salarial, promoción, reconocimiento de la valía profesional o del estatus de las trabajadoras. Por un lado, la fuerte segregación horizontal y vertical del mercado de trabajo, reflejo de estereotipos y roles de género discriminatorios y, por otro lado, la baja autoestima, la infravaloración de habilidades o los estilos de atribución de éxitos y fracasos, contribuyen al freno en la igualdad de hombres y mujeres en el empleo.

El orden social establecido hasta finales del siglo XIX estaba fundamentado en la escisión de los dos ámbitos: público y privado. Cada uno de los géneros, hombres y mujeres, pertenecían a uno de estos ámbitos, el mundo de la mujer era el privado y el del hombre el público. Este orden no se podía transgredir salvo en situaciones excepcionales, como guerras o circunstancias extremas, en las cuales la mujer podía salir al ámbito público, pero restablecida la normalidad era reducida de nuevo en el ámbito privado. Como consecuencia de esta división de espacios en función del género, la socialización y educación de hombres y mujeres también era diferente.

En la actualidad, las diversas constituciones de la mayoría de países han promulgado la igualdad de la mujer en todos los campos: educación, trabajo, puestos de poder, etc., lo que ha permitido su acceso a roles que tradicionalmente sólo ocupaban hombres. Por tanto, la incorporación masiva de la mujer al mundo de la educación y del trabajo ha dado como resultado un cambio en la estructura social, así como en las creencias asociadas a uno u otro sexo. Los estereotipos sobre hombres y mujeres se han ido formando en épocas anteriores y se transmiten a través de la socialización. Sin embargo, apenas se han producido modificaciones en los estereotipos de género pese a los cambios estructurales tan profundos acontecidos. Este desfase entre el estereotipo y la realidad social se agrava debido a dos propiedades de los estereotipos: su fuerte resistencia al cambio y su efecto de auto cumplimiento. Además, genera gran parte de las barreras internas y externas del acceso laboral de las mujeres.

⁵ El trabajo se ha llevado a cabo entre las Universidades Pablo de Olavide de Sevilla, Universidad de Zaragoza, Universidad Católica Boliviana, Universidad Autónoma del Estado de Morelos-México y ha sido financiado por el proyecto "El rol de la mujer en los procesos migratorios de las comunidades indígenas de Bolivia y México" de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla y el proyecto "Los procesos migratorios indígenas en Bolivia y México: sus implicaciones en mujeres y niños" de la AECID (A/024237/09).

Siguiendo a Gimeno y Rocabert (1998) y a Agut y Matín (2007), hemos clasificado en dos categorías las limitaciones o barreras para la igualdad de género en el ámbito laboral: barreras externas e internas.

Tabla 1. BARRERAS EXTERNAS E INTERNAS DE LAS MUJERES EN EL ÁMBITO LABORAL

BARRERAS EXTERNAS	BARRERAS INTERNAS
Socialización del rol y estereotipos de género. Doble jornada. Segregación femenina horizontal. Segregación femenina vertical. Techo de cristal.	Baja autoestima. Infravaloración de habilidades y capacidades. Estilos de atribución externos para los éxitos e internos para los fracasos.
Multiplicidad y Conflicto de rol	

A pesar de estas limitaciones, en la actualidad, las actividades laborales de hombres y mujeres se acercan. Pese a estos cambios, los estereotipos, poco acordes con la realidad, siguen ejerciendo su hegemonía de modo silencioso, a través de una socialización diferente para chicos y chicas, que interioriza estos estereotipos. Así, se mantienen algunas diferencias entre los géneros que impiden la igualdad real de oportunidades entre hombres y mujeres en la esfera pública y privada.

Sin embargo, la migración de las mujeres constituye una ocasión para desafiar los roles y estereotipos de género tradicionales, ya que pueden suponer la inclusión de la mujer en la esfera pública, el trasvase de poder en las relaciones desiguales de género e implicar procesos de desarrollo personal en las mujeres y en algunos hombres, así como promover un cambio social.

No obstante, a pesar de que la feminización de la migración ha despertado el interés de las ciencias sociales, aún existen aspectos de gran relevancia sobre los que no se ha investigado en profundidad. Uno de ellos ha sido el comportamiento emprendedor de las mujeres migrantes, a las que se atribuye un cierto "espíritu emprendedor", pues existe la idea de que las mujeres que emigran son emprendedoras por naturaleza, en la medida que el desafío de reiniciar la vida en otro país o en otra ciudad supone una situación análoga en muchos aspectos a emprender un negocio propio, al menos desde el punto de vista económico laboral (Aldrich y Waldinger, 1990). A pesar de tal creencia, apenas existen investigaciones en las que se analice el comportamiento emprendedor de estas mujeres, y aún menos, focalizadas en aquellas que crean estas actividades económicas (Thornton, 1999).

2. LAS MUJERES COMO AGENTES DE DESARROLLO: EL COMPORTAMIENTO EMPRENDEDOR

Tradicionalmente el concepto de desarrollo se ha considerado como mera mejora de la calidad de vida gracias al incremento del consumo y, en general, ha estado asociado a cambios estructurales que han hecho que un país deje de ser tradicional, agrario y atrasado para convertirse en industrial y moderno. Así, los conceptos de desarrollo y crecimiento económico se han utilizado de forma indistinta. El concepto de desarrollo se amplía y ya en el Informe sobre Desarrollo Humano de Naciones Unidas significa: "crear un entorno en el que las personas puedan hacer plenamente realidad sus posibilidades y vivir en forma productiva y creadora de acuerdo con sus necesidades e intereses".

Por otra parte, el comportamiento emprendedor existente en una región puede considerarse revelador del grado en que los habitantes de ese territorio cuentan con oportunidades de observar e interactuar con emprendedores en plena ejecución de su rol. De forma más concreta, y refiriéndonos a la actividad emprendedora por género, parece ir confirmándose el progresivo incremento del grado de implicación de la mujer en dicha actividad empresarial. Así, la opción emprendedora puede constituir una alternativa de movilidad social desde el mercado de trabajo secundario y desde aquellas actividades que conllevan mayores relaciones de explotación laboral y de desigualdad de género. Son "empresarias de sí mismas" y desarrollan competencias para gestionar su propia experiencia vital. A través de la actividad empresarial pueden verse inmersas en estrategias de empoderamiento.

2.1 Los determinantes y las estrategias de movilidad social en las mujeres migrantes

Hemos de destacar, sin duda, en primer lugar, la cultura y los valores del lugar de origen y la socialización familiar en la que se han desarrollado las mujeres; es decir, el nivel educativo alcanzado, los valores inculcados, el proceso de socialización llevado a cabo y la trayectoria laboral que, a nuestro juicio, serán los principales recursos que explican el verdadero espíritu emprendedor y su ulterior proyecto empresarial. En segundo lugar, los motivos que aducen estas mujeres para crear sus respectivos negocios y que podríamos resumir en los siguientes: bien como única manera de salir de la explotación laboral, bien para superar las barreras del idioma, bien como única vía de supervivencia.

Compartimos en tal sentido el punto de vista de Del Olmo y Quijada (1992) cuando señalan que cualquier proceso migratorio lleva consigo un fenómeno de desorganización cultural, el cual conduce a un necesario proceso de reorganización, que tendería a restaurar dicho orden. En efecto, en la sociedad receptora la mujer

migrante se ve obligada, en función de los nuevos estímulos que recibe, a recomponer su universo simbólico, lo que implica un proceso complejo y muchas veces prolongado de aprendizaje de las pautas culturales de la nueva sociedad.

2.2 Comportamiento emprendedor y género

El emprendimiento ha sido una actividad considerada tradicionalmente masculina en la que, por una parte, se han asociado las características de la persona emprendedora (liderazgo, riesgo, racionalidad, innovación) con el estereotipo masculino (independencia, agresividad, autonomía) y, por otra, se han diferenciado y alejado del rol común de las mujeres (expresividad, empatía, sociabilidad, timidez) (Bruni, Gherardi y Poggio, 2004). En esta línea de discurso, muchas mujeres se perciben fundamentalmente como madres, educadoras y cuidadoras y es más probable que experimenten conflictos entre sus vidas privadas familiares y profesionales, mientras que los hombres ejercen en mayor medida como proveedores económicos y materiales de la familia y, por tanto, les resulta más fácil compatibilizar empresa y rol de género. Del mismo modo, valores personales e intrínsecos como la autorrealización, el crecimiento profesional y las relaciones interpersonales y sociales parecen ejercer una mayor influencia motivadora sobre el emprendimiento de las mujeres que sobre el de los hombres, más motivados por el logro social y económico derivado de las prescripciones propias de su rol de género (Bruni, Gherardi y Poggio, 2004). Por el contrario, el rol femenino empuja a las mujeres migrantes hacia el autoempleo en la medida que les proporciona la flexibilidad temporal y espacial necesaria para compatibilizar trabajo y familia, siendo éste uno de los motivos que las mujeres más valoran del autoempleo y que las distinguen de los hombres.

En muchos casos, tanto la idea de crear el negocio, como el propio desarrollo del mismo se ve condicionado por la vida reproductiva y el cuidado de familiares dependientes, lo cual evidencia la asunción de las múltiples responsabilidades de empresaria y madre/esposa/hija/ama de casa, sin que ninguna de éstas sea descargada o asumida en parte por el cónyuge/pareja que, por lo general, se desentiende del asunto. De esta forma, en el discurso de las mujeres latinoamericanas, se refleja de forma explícita el peso que sobre el proyecto empresarial ejercen los roles de madre, esposa, hija y ama de casa que en las sociedades tanto de origen como de destino se les ha transmitido a través de la socialización de género y que, por tanto, ellas han interiorizado. Así, el deseo de lograr el bienestar de los hijos y de la familia y proporcionarles un porvenir halagüeño, aparece en sus discursos como la justificación esquemática de género que les ayuda a mitigar las duras condiciones de la migración y les sirven de motivación para soportar el trabajo que han de afrontar y continuar hacia delante con su experiencia empresarial.

2.3. Identidad personal, empoderamiento de género y movilidad social

A través del autoempleo las mujeres migrantes pueden verse inmersas en estrategias de empoderamiento que las lleva a superar su condición de mujeres en una cultura patriarcal en la que sus vidas han estado controladas por padres y hermanos en sus casas familiares y por sus maridos e hijos en sus hogares personales. Con el autoempleo muchas de estas mujeres buscan escapar del control social y realizar una vida propia. Ante situaciones de crisis socioeconómica y laboral aguda, también es bastante común que estas mujeres migrantes inicien la aventura migratoria huyendo de la dependencia al grupo de pertenencia en su comunidad de origen (Kofman y Sales, 1998). El desplazamiento les permite una independencia social y económica que, aunque insuficiente, les resulta necesaria para revalorizarse como personas y como mujeres. De hecho, este aumento de su estatus individual femenino, tan devaluado en sus culturas de origen, es una de las principales consecuencias explícitas que ha tenido el comportamiento emprendedor de algunas mujeres.

Por todo ello, la mujer migrante empresaria, a diferencia de los hombres, puede sentirse en un contexto inapropiado (Bruni, Gherardi y Poggio, 2004), y esto puede repercutir en que realmente se asuma esta baja autoestima y sentimiento de inferioridad afectando a su desempeño empresarial a modo de profecía autocumplida y a través de la amenaza y la presión que el estereotipo de género negativo ejerce sobre la (auto)evaluación de su competencia emprendedora. Así, las mujeres empresarias migrantes no suelen desafiar el "estatus quo" abiertamente y adoptan estrategias más cautas y prudentes. El resultado no intencionado es que hay pocas mujeres inmigrantes empresarias que sirvan de referencia para ganar en confianza a otras mujeres, perpetuándose de esta manera el modelo emprendedor masculino predominante.

No obstante, en casi todos los estudios, la mujer muestra un mayor rendimiento y una mayor responsabilidad con el uso del microcrédito, por ejemplo, ya que tienden a invertirlo exclusivamente en el hogar y en el bienestar de sus hijos. Precisamente por ello, desde un principio, el microcrédito se ha centrado en la mujer, porque son ellas las más vulnerables ante la pobreza y la marginación y por ser las más responsables dentro del grupo familiar. Las mujeres que inician un negocio para cubrir las necesidades de sus familias deben incorporar a la demanda de su negocio el cuidado de los hijos y aún, a veces, de familiares mayores. A pesar de estas cargas, gracias al microcrédito, la autonomía de la mujer aumenta y adquiere mayor confianza en sí misma. Y como es bien sabido, la autoconfianza es una fuerza de cambio.

2.4 Motivaciones que subyacen al comportamiento emprendedor

La motivación prevaleciente para emprender en países de menores ingresos, como Bolivia, es la necesidad, con un índice superior al 55 por ciento; es decir, que en estas circunstancias las personas deciden emprender debido a la falta de un empleo o alguna fuente de ingresos. En cambio, en países de mayores ingresos y crecimiento, la principal motivación es la de incrementar su ingreso o tener independencia y libertad en su vida laboral. Esos últimos son los llamados emprendedores por oportunidad, pues en esa búsqueda crean empresas basadas en tecnología, conocimiento o innovación. La motivación de estos nuevos emprendedores no es tanto la necesidad de supervivencia o el afán de lucro, como el hecho de crear su propio empleo. Suelen desarrollar sus negocios en nichos laborales y económicos abandonados y/o rechazados por otros empresarios más prósperos y la carencia de recursos de clase la suplen con altas dosis de motivación, esfuerzo y sacrificio y con apoyos procedentes de sus grupos de pertenencia étnica, nacional o familiar (Apitzsch y Kontos, 2003).

El comportamiento emprendedor de las mujeres migrantes, objeto de estudio en la presente investigación, se ubicaría claramente en el tipo de emprendimiento por necesidad. En este contexto, las mujeres menos cualificadas y con menores recursos profesionales son las más motivadas para crear un negocio pero, a la vez, la falta de capital humano y financiero relega estos negocios a los estratos más bajos de la estructura ocupacional, a menudo en actividades poco rentables, expuestas a una feroz competencia, y en sectores progresivamente abandonados por los empresarios autóctonos.

En este sentido, la alternativa emprendedora puede constituirse en una estrategia de autodefensa de las mujeres migrantes frente a la exclusión y a las desventajas del mercado laboral, así como en una alternativa de movilidad social. Así pues, son muy pocos los casos analizados que obedecen realmente a un verdadero espíritu emprendedor por parte de la mujer migrante que decide crear un negocio. Por el contrario, son otros los motivos que se citan para explicar la decisión de trabajar por cuenta propia y que de forma breve podríamos resumir en la necesidad de supervivencia, salir de la explotación y/o asegurar el bienestar de sus hijos.

2. OBJETIVO DE LA INVESTIGACIÓN

El objetivo general del presente trabajo es analizar el comportamiento emprendedor de las mujeres migrantes indígenas Aymaras de Bolivia y Náhuatl de Méjico

3. METODO

El presente estudio se llevó a cabo en los países de Bolivia y México con población indígena de los grupos Aymara y Náhuatl. A continuación se describe la muestra, instrumento y procedimiento en ambos países.

3.1 Participantes

La parte del estudio realizado en Bolivia se llevó a cabo en la ciudad de El Alto, Departamento de La Paz, en el contexto del Centro Comunitario de Desarrollo del Niño, Niña y Adolescente Tawantinsuyo, dependiente de la Fundación La Paz. Participaron diez mujeres cuya edad promedio es de 42 años. Todas ellas son migrantes que se desplazaron desde diferentes ámbitos rurales (desde la zona del altiplano paceño) con una antigüedad de al menos 20 años. La antigüedad de la migración era suficiente como para que las entrevistadas hayan completado el proceso de traslado (todas tenían residencia permanente y definitiva en El Alto) y acumulado una completa experiencia acerca de las vicisitudes de la migración. Todas las mujeres entrevistadas son de origen indígena y hablantes de lengua aymara y estaban relacionadas con el Centro Comunitario de Desarrollo del Niño, Niña y Adolescente Tawantinsuyo.

En México, el estudio se realizó en una colonia denominada "Los Patios de la Estación" de la ciudad de Cuernavaca (estado de Morelos) a través del contacto con la coordinadora encargada de un proyecto comunitario dirigido a la mejora del bienestar de mujeres y niños. La muestra se integró por diez mujeres cuya edad promedio es de 49 años de edad. El total de las mujeres son migrantes de origen indígena y hablantes de lengua náhuatl, todas en situación de exclusión social, provenientes del estado de Guerrero y con más de 20 años viviendo en Los Patios de Estación. Todas ellas dejaron sus comunidades de origen para asentarse en la ciudad de Cuernavaca con el propósito de mejorar sus condiciones de existencia. Todas las participantes se dedican a actividades de la economía informal y tienen contacto con el proyecto comunitario de atención a mujeres y niños.

3.2 Entrevista

Para obtener la información se realizó una entrevista en profundidad elaborada colectivamente entre todos los miembros del equipo investigador. Se realizó un estudio piloto con el objeto de adaptar las preguntas a los dos contextos del estudio. La entrevista se compone de una batería de preguntas abiertas que se clasifican en las siguientes dimensiones o categorías: datos sociodemográficos, causas y consecuencias de la migración. En estas dimensiones se exploran de manera transversal los siguientes ámbitos: individual, familiar, laboral y socio-comunitario.

3.3 Procedimiento

El procedimiento seguido para obtener la información de las mujeres migrantes durante las entrevistas fue el siguiente:

- 1) Las entrevistas se llevaron a cabo durante varios días consecutivos. Para ello se coordinaba con la administración del Centro Tawantinsuyo el día y la hora de la entrevista, en Bolivia⁶, y con la coordinadora del programa comunitario, en México⁷, dependiendo de la disponibilidad de las mujeres participantes.
- 2) Las entrevistas se llevaron a cabo en un ambiente adecuado, sin interrupciones, preservando la privacidad para el tratamiento de la información. La duración de cada entrevista fue de entre 60 y 120 minutos, procurando en todo momento respetar el tiempo de las entrevistadas y sus informaciones, en ocasiones cargadas de emociones muy diversas.
- 3) Se intentó evitar una entrevista tipo interrogatorio y se fomentó un diálogo abierto y sincero. Para lograrlo, muchas veces se tuvo que iniciar el contacto aludiendo a temas de conversación no relacionados con el estudio, con la finalidad de relajar una situación que por su novedad podría generar barreras de comunicación.
- 4) Se respetó siempre aquella información que la mujer no quiso compartir, evitando ser excesivamente insistente. En todo caso se buscó retomar el tema en otro momento, modificándose el contexto de la conversación o reenfocándolo de diferente manera.

4. RESULTADOS

4.1. La mujer indígena en el desarrollo económico

A partir de la década de los setenta, las mujeres son identificadas como el "grupo objetivo" de las políticas de desarrollo, pues los planificadores descubrieron en ellas un recurso económico infrutilizado que era necesario integrar en el desarrollo económico mundial. Con los distintos programas y proyectos de cooperación se pretendía facilitar a la mujer educación como madre, incluyéndose en esta estrategia el control demográfico, pues se responsabilizaba a las mujeres de la limitación del tamaño de la familia. Los programas de bienestar se han ampliado en las últimas décadas, pero sigue implícito en ellos que la maternidad es el rol más importante. La evaluación de las iniciativas anteriores demostró que las mujeres eran las principales abastecedoras de la producción de sus comunidades, en especial en la agricultura, tal y como se desprende de las palabras literales de estas mujeres:

Antes de venirme iba nomás pues al colegio, pasteaba ovejas, la ayudaba a mi mamá en el campo, con la tierra. Así nomás estaba con las ovejas. (Mujer Aymara)
 Sí, yo vuelvo, siempre voy a hacerme mis chacras, a trabajar la tierra. Al año debo ir unas 2 o 3 veces, depende; voy cuando es el tiempo de sembrar, cosechar. Pero sí voy seguido. (Mujer Aymara)

Esta aportación económica no aparecía reflejada en las estadísticas nacionales ni en la planificación de proyectos. Dicha evaluación también evidenció que la introducción de métodos y tecnologías innovadoras en la agricultura desplazaba a las mujeres, reduciendo su capacidad de ingresos y estatus. A raíz de estas evidencias, se plantea que la modernización debía desarrollarse desde una relación de igualdad entre hombres y mujeres. Por primera vez se comienza a considerar a las mujeres como participantes y contribuidoras al crecimiento y desarrollo económico. En consecuencia, se trata de que se vaya produciendo una redistribución de poder dentro y entre las sociedades, y esto, sin duda, más allá de simples actuaciones aisladas implica un nuevo modelo de sociedad.

Desde este nuevo enfoque se considera que la dimensión simbólica en las relaciones entre hombres y mujeres es incluso más importante que los aspectos de tipo material, pues es necesario comprender el significado de esta división, las formas en que culturalmente se legitima, las vivencias que produce y las identidades que construye, por lo que transformar los aspectos relativos al género implica cuestionar las relaciones de poder, tanto en la vida cotidiana, como en las demás esferas de la vida, pues no hemos de olvidar que los géneros se han establecido en términos de poder, y que a las mujeres les ha correspondido históricamente la subordinación, perpetuada con la división sexual del trabajo tanto en el ámbito de lo privado, como en el ámbito de lo público. Estos esfuerzos que se están llevando a cabo con respecto a la mujer en general en la esfera internacional, había que orientarlos también de un modo específico hacia la mujer indígena, cuyas necesidades son aún mayores y más urgentes:

Es que en todos los apoyos que he pedido, en todos he sido rechazada. Yo aquí pensaba que iba a ser rechazada, pedí apoyo en Sedesol, en el seguro popular y me rechazaron. (Mujer Náhuatl)

⁶ En Bolivia, las entrevistas fueron llevadas a cabo por Adriana Machicado, trabajadora del Instituto de Investigaciones en Ciencias del Comportamiento, de la Universidad Católica Boliviana.

⁷ En México, las entrevistas fueron realizadas por Sinaý del Carmen Valentín Guevara, tesista de la Facultad de Psicología en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Sin embargo, la mujer indígena boliviana posee actitudes y percepciones favorables hacia el comportamiento emprendedor, y destaca la auto-percepción sobre las capacidades y habilidades para emprender; es decir, se siente capaz de emprender, sin embargo manifiesta también un alto temor al fracaso, debido a su baja autoestima:

Me sentí mal, lloraba cada vez (se le llenan los ojos de lágrimas), hubiera podido denunciar, pero me aguantaba, eso me decía mi papá cuando yo le contaba, me decía que me aguante; y como no conocía nada entonces, tampoco he podido ir a denunciar. (Mujer Aymara)

Sus emprendimientos son de mera supervivencia y se orientan principalmente al mercado local. El principal problema de estas mujeres es que muy pocas de ellas han recibido alguna capacitación que les permita iniciar o gestionar algún negocio:

Si, pues, claro, en el campo nosotros no planchamos, no nos cambiamos de ropa todos los días, allí es día por medio o cada dos días, tampoco conocemos las verduras, ni pan. Aquí he conocido, he aprendido, he aprendido a hablar, a ordenar mis cosas, a conversar con la gente. (Mujer Aymara)

Algo similar sucede con la mujer indígena mexicana, tal como sostiene la historiadora Campos (2004): "tradicionalmente hombres, mujeres, niños y ancianos han resistido como grupos diferenciados lesiones a sus derechos humanos y su cultura. La diferencia cultural en este sentido, ha significado desigualdad social para los pueblos y comunidades indígenas, acrecentándose esta marginación de manera particular en las mujeres, pues a pesar de que la legislación vigente prohíbe cualquier tipo de discriminación, no se evita que las mujeres se enfrenten a la triple discriminación de ser indígenas, mujeres y pobres, ya que pertenecer al género femenino en una comunidad indígena es carecer en la vida cotidiana de relaciones de tolerancia y equidad social, no sólo en relación a su propio grupo, sino también respecto a la cultura dominante" (p. 1). En palabras de una mujer indígena:

Al llegar aquí nos podíamos mover un poquito más, se podía vender cualquier cosa que se hacía de comida, aquí ahorita he dejado de vender pero antes hacía tamales, me hacía yo mis tamales oaxaqueños, mis tamales de elote, vendía yo chacharitas, tacos, cositas así, ahorita ya no vendo nada porque no me alcanza el dinero para comprar. (Mujer Náhuatl)

Ante la falta de oportunidades en sus lugares de origen emigran para emplearse principalmente en el sector maquilador, el turístico, el servicio doméstico o la venta ambulante, puede decirse sin embargo, que el empleo depende de la condición de bilingüismo y del grado académico que posean que, generalmente, no sobrepasa la instrucción primaria. Por otra parte, la pobreza, se ha dicho, tiene rostro de mujer en estos países latinoamericanos, específicamente, de mujer indígena y ante la migración que afecta a la organización social de los pueblos a los cuales pertenecen, las formas tradicionales de transmisión de la cultura y la posesión del territorio debe dejar de suponerse que son un lastre para el desarrollo social:

Si, yo vivo solita, no tengo a nadie, no tengo apoyo más el que ahorita me está dando la maestra, no tengo apoyo de nada, nada, yo me mantengo solita, con lo poquito que saco es para llevarle un taco a mis hijos los días domingo que es de visita en la cárcel. (Mujer Náhuatl)

Antes al contrario, debe considerarse que en la medida en que desde su cultura y según las leyes del Estado Nacional mexicano, sus demandas básicas sean satisfechas y las mujeres indígenas sean vistas como agentes de desarrollo no sólo de ellas mismas sino del país, ello constituirá un gran avance.

En líneas generales, si hacemos una evaluación rigurosa de las políticas, programas y proyectos realizados en las décadas de los años setenta y parte de los ochenta, ésta nos mostraría que no sólo no se han alcanzado los objetivos previstos, sino que la situación de la mujer se ha deteriorado, de modo que, salvo en algunas excepciones, ha empeorado el acceso relativo a los recursos económicos y al empleo; se ha incrementado su carga de trabajo; su nivel de educación ha disminuido y ha empeorado su salud, lo cual supone, como sostiene Portocarrero (1990, p. 77): "que el desarrollo no ha contribuido, como se esperaba, a superar la subordinación femenina", o como indica Birgin (1992, p. 11) que "la neutralidad del desarrollo no era cierta". En palabras de esta mujer entrevistada:

No he mejorado tanto, sólo me ha dado un cuarto mi mamá, un espacio, un terrenito para que me haga mis cuartos, tengo dos cuartos; eso me lo ha hecho techar y todo. Pero no es mío, es de mi mamá. Mi mamá va cada año a sembrar papita. Pero yo así nomás estoy, estoy bien, pero tampoco tan bien. (Mujer Aymara)

La idea central era la de incorporar a la mujer al mercado laboral y hacerla beneficiaria del desarrollo, sin embargo, el modelo de sociedad en el que estamos instalados es desigual, jerárquico y patriarcal, lo cual significa que no beneficia por igual a hombres y a mujeres ni en el hogar ni en el mercado laboral. Será a partir de la década de los ochenta, y sobre todo de los noventa, cuando se acepte de forma generalizada por parte de las organizaciones internacionales y de las agencias de cooperación internacional, la integración de las mujeres en el desarrollo. El principal aspecto donde se advierte la segregación es en la posesión de un territorio, necesario para la reproducción de la cultura, de la que la mujer es la principal transmisora a través de la lengua. Pues bien, en las comunidades indígenas y campesinas que presentan diversas formas de tenencia, sólo los hombres tienen derecho a la posesión de la tierra, ya que las mujeres difícilmente podrán ser propietarias en términos jurídicos:

Juntos, juntos nos hemos venido, mi papá más mejor vivía aquí, eso también me ha dicho "te voy a dar un chiquitito terreno", no me ha dado nada, así nomás me ha dejado. (Mujer Aymara)

Por tradición, los varones trabajan y usufructúan la tierra, y en ausencia de éstos como jefes de familia, la posesión recae en los suegros, los hermanos, los tíos, incluso en los hijos, difícilmente en las mujeres, a pesar de que éstas participan en el proceso productivo aportando su fuerza de trabajo en la cosecha. Los hechos, por desgracia, son así de crudos, y nos revelan que, debido a los usos y costumbres en las comunidades con población indígena, independientemente del área geográfica que ocupen: "en la configuración de la identidad femenina indígena, una mujer es como nula, como inexistente, puesto que no puede comprar, tener o pertenecer individualmente, la referencia de su existencia es el hombre" (Moreno, 2003, p. 71).

Existen algunos programas como, por ejemplo, "Mujeres y Desarrollo Económico Local", que operan en diversos países de Centro América, pero no suponen más que unas gotas de agua en el desierto que a duras penas producen lánguidos oasis. Este programa que comentamos parte de dos premisas: la mujer es autora y actora del desarrollo, y el territorio es el espacio de dinámicas sociopolíticas y económicas en que se puede intervenir para lograr transformar los recursos disponibles en activos a fin de promover el desarrollo, mediante la promoción de microcréditos a escala territorial y a través de redes, alianzas y articulaciones entre actores y agentes del desarrollo presentes en los territorios. Este entorno institucional permite: potenciar redes, definir alianzas, articular actores y agentes del desarrollo y, de manera especial, facilitar a las mujeres la articulación en un espacio que guarda identidad con su territorio. Con todo ello, se facilita la construcción de la cohesión social del sector de los emprendimientos femeninos, al articular lo que Rebeca Grynspan, Directora Regional del PNUD para América Latina y el Caribe, denomina como los principales componentes de la cohesión social: sentido de pertenencia al territorio (dimensión subjetiva) e inclusión social (dimensión objetiva).

5. CONCLUSIONES

A modo de reflexión final, a partir de los testimonios de las mujeres migrantes descritos en la literatura y en nuestra investigación, observamos cómo todo el proceso de emprendimiento (motivaciones, estrategias y consecuencias) está condicionado de alguna manera por su adscripción al género femenino y cómo la actividad emprendedora les ayuda, por lo general, a superar la segregación laboral que sufren por su triple condición de mujeres, indígenas y migrantes, pues les supone una fuente de autoestima e identidad personal, empoderamiento de género y movilidad social. De esta forma, la actividad empresarial en estas mujeres obedece, simultáneamente, a una estrategia de lucha contra la exclusión y segregación del mercado socio-laboral que las fuerza a asumir condiciones de auto explotación y precariedad dentro de sus propios negocios, pero que, a la vez, resulta una opción voluntaria y libre en aras de lograr espacios de autonomía e independencia profesional, valor personal, prestigio social y, consecuentemente, igualdad de género.

En las narraciones de estas mujeres se refleja con claridad la función del autoempleo como estrategia para conciliar vida familiar, profesional y personal sin salirse de los modelos femeninos impuestos en sus respectivas culturas tradicionales patriarcales que las hace anteponer su roles como madres, esposas, hijas y/o amas de casa antes que mujeres emprendedoras. En este sentido, son muchas las ocasiones en las que las mujeres representan la cara oculta de las historias de éxito del empresariado inmigrante en la medida que constituyen un capital humano invisible, incondicional e intemporal. En cuanto a la influencia de la zona geográfica de procedencia sobre el proyecto empresarial migratorio femenino, hemos apreciado en la revisión de la literatura y en nuestra propia investigación algunas peculiaridades, aunque muchas menos de las que en un principio cabría esperar dada la diversidad existente entre los territorios de origen.

Sin pretensiones de generalización, sí nos gustaría comentar que hemos observado cómo para muchas mujeres la familia y la asunción de un rol maternal ejercen una influencia preponderante sobre sus proyectos personales; sin embargo, para otras mujeres la experiencia empresarial tiene como consecuencia un empoderamiento personal y social que incrementa su valor como personas y las hace percibirse y ser percibidas como algo más que miembros de un colectivo, el de las mujeres, discriminado y marginado en sus comunidades de origen. Por último, concluimos que la interrelación de procesos psicosociales como el sexismo, clasismo y racismo empujan a estas mujeres a ciertos nichos ocupacionales e influyen sobre su comportamiento emprendedor, interacciones sociales y, en general, sobre su vida familiar y experiencia personal.

A pesar de ello, las mujeres migrantes emprendedoras se pueden considerar modelos que rompen estereotipos y prejuicios tanto de género como de grupo social. Estos modelos ayudan a superar la visión que se tiene sobre el grupo de los inmigrantes como un problema socialmente construido a través de imágenes preconcebidas de pobreza, marginalidad y conflictividad. A su vez, contribuyen al desarrollo progresivo de una representación social positiva de la mujer emprendedora contrapuesta a las tradicionales percepciones sobre la mujer, de conformidad, falta de iniciativa, sin aspiraciones e incapaces de asumir riesgos.

En los países donde hemos realizado nuestra investigación, Bolivia y México, necesitan ciudadanos emprendedores que generen riqueza y empleo, máxime en una situación de crisis como en la que nos encontramos

actualmente. Pero para que, concretamente, las mujeres indígenas emprendedoras de estos países puedan desarrollar y consolidar sus proyectos es necesario articular políticas de microcréditos que las ayuden, sobre todo, a mantener sus negocios y a crear otros nuevos, pues con ello se lograría un objetivo esencial: se establecería una cultura emprendedora que ayudaría a generar riqueza y permitiría a las siguientes generaciones socializarse en pautas de comportamiento diferentes, orientadas a la autonomía, al cambio y a la necesidad de aprendizajes continuos para innovar y emprender nuevas actividades.

Por tanto, desde todos los estamentos oficiales se deben iniciar de forma urgente medidas encaminadas a la recuperación del mayor número de mujeres emprendedoras en dificultades, poniendo a su disposición todas las herramientas necesarias para su mantenimiento y para la puesta en marcha de nuevas iniciativas. Desde nuestro punto de vista, una de las principales causas de la crisis estructural de empleo que padecen Bolivia y México, agravada desde 2007 por la crisis financiera, radica en la ausencia casi total de cultura emprendedora. Desgraciadamente, el sistema de microcréditos, concebido en sus orígenes como una estructura de apoyo social, se ha convertido únicamente en una herramienta financiera para la cual las entidades de crédito generan una gran desconfianza haciendo que en la mayoría de los casos sea imposible alcanzar todas las garantías exigidas, por lo que debería ser desde las respectivas administraciones desde donde se potenciara y desarrollara esta garantía.

BIBLIOGRAFÍA

- Agut, S. y Martín, P. (2007). Factores que dificultan el acceso de las mujeres a puestos de responsabilidad: una revisión teórica. *Apuntes de Psicología*, 25, 201-214.
- Aldrich, H. y Waldinger, R. (1990). Ethnicity and entrepreneurship. *Annual Review of Sociology*, 16, 111.
- Apitzsch, U. y Kontos, M. (2003). Self-employment, gender and migration. *International Review of Sociology*, 13, 1, 67-76.
- Birgin, H. (1992, diciembre). La reformulación del orden mundial: el lugar de las mujeres en las estrategias de desarrollo sustentable. *Ediciones de las Mujeres [fin de siglo género y cambio civilizatorio; Isis Internacional]*, 17, 7-20.
- Bruni, A., Gherardi, S. y Poggio, B. (2004). Doing gender, doing entrepreneurship: an ethnographic account of intertwined practices. *Gender, Work and Organization*, 11, 4, 406-29.
- Campos, B. (2004). *Primer Foro Estatal de la Mujer. Campeche*, Campeche, "Abriendo Espacios". 25 junio de 2004 Relatoría de la Mesa No. 4 "Mujer Indígena".
- Del Olmo, M. y Quijada, M. (1992). Las migraciones, procesos de desorganización y reorganización cultural. *Antropología*, 2, 145-159.
- Gimeno, M. J. y Rocabert, E. (1998). Barreras percibidas por las mujeres en su proceso de toma de decisión vocacional. *Revista de orientación y psicología/AEOP*, 9 (15), 25-36.
- Hofman, E. y Sales, R. (1998). Migrant women and exclusion in Europe. *European Journal of Women's Studies*, 5, 381 - 398.
- Moreno, P. (2003). *¿Violencia intrafamiliar o tributo a los dioses? Una visión de la mujer indígena*. México: Conaculta-Fonca.
- PNUD. Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (2001). *Informe sobre el desarrollo humano 2001*. New York: Ediciones Mundi Prensa.
- Portocarrero, P. (1990). *Mujeres en el desarrollo. Balance y propuestas*. Lima: Flora Tristán Editores.
- Thornton, P. (1999). The sociology of entrepreneurship. *Annual Review of Sociology*, 25, 19-46.